

CATEQUESIS 12.

DIOS EN BUSCA DEL HOMBRE. EL HOMBRE EN BUSQUEDA DE DIOS (I).

Veíamos la vez anterior que el hombre caído, accidentado por el pecado no ha sido destruido, sino que busca el bien (CEC 1707). Por otro lado, tampoco Dios lo abandona a su suerte. Le promete *desde el principio* la redención y la salvación (Gen 3,15: *la descendencia de la mujer te pisará tu cabeza*). Este tema lo podemos comprender bien desde “atrás para adelante” como se hace toda la teología. Es decir, desde Cristo podemos leer toda la historia de salvación y entenderla como tal. Los del AT sólo veían que Dios estaba cerca de ellos, pero no lograban ver todo lo que nosotros vemos a la luz de Cristo en quien Dios y el hombre nos encontramos.

1. Desde Cristo:

A la luz de la Revelación miramos hacia atrás y hacia adelante. Hacia atrás, la creación, la caída, y todo el AT que es una promesa futura. Hacia adelante, lo que pasará y lo que esperamos para nosotros y para toda la creación. Obviamente nos resulta más fácil comprender los hechos pasados que hemos visto que lo que viene por delante. Si nos ubicamos en la historia debemos ubicarnos en *este valle de lágrimas* pero que a la vez es la *viña del Señor*. Jesús dice al iniciar su ministerio proclama *el plazo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio* (Mc 1,15; Mt 4,17).

Esta realidad se hacía cada vez más evidente cuando Jesús sanaba enfermos, expulsaba demonios, resucitó muertos, perdonaba pecados y predicaba con autoridad. Los apóstoles comprendieron que el reino se hacía presente con la presencia de Jesús. Sin embargo, ya no era necesario preguntarse más por el sentido de estas afirmaciones cuando estaban con Cristo resucitado. Ya no hablan del reino (cf Mc 16,15; Mt 28,1-20; Lc 24,27.32.44) sino del cumplimiento de las Escrituras en Cristo. Él encarna el Reino. Esa es la Buena Nueva que nos trae la paz, la Vida nueva, el perdón, la comunidad, etc.

Esta perspectiva les permite comprender las escrituras como profecías cumplidas en el Señor. Esa es la predicación de los apóstoles. Los llenaba de fuerza leer todas las esperanzas cumplidas en la Vida nueva que el Señor les daba.

2. Cristo, cumplimiento de las esperanzas de Israel.

Veíamos antes que Dios había prometido salvación. Desde Gen 3,15 en adelante, el Pueblo fue creciendo en la esperanza pero vivía en medio de otros pueblos que eran permanente amenaza. Por esto hubo una veta de anhelar un Mesías guerrero, salvador político, que los liberara de los demás pueblos, en el fondo que fuera como un fuerte guerrero como fueron los Jueces y posteriormente, un Jefe Salvador al estilo de David.

David fue llamado muy joven, ungido por el profeta (**1Sam 16,11-13**). Estaba lleno de fuerza (por ejemplo, contra Goliat 1Sam 17) y a la vez lleno de ternura (por ejemplo, cuando llora la muerte de Saúl su enemigo, y de Jonatán, su amigo, -2Sam 1,23-27) o cuando cuida de los de la familia de Saúl (2Sam 9); celoso por las cosas de Dios (2Sam

6,21-23). David quiso construir la casa de Dios, un templo, pero el profeta Natán lo detuvo pues el mismo Dios haría su templo: la descendencia de David: **2Sam 7,13.16**. Es verdad que David también pecó (2Sam 11,1-4) pero fue muy humilde e hizo penitencia (2Sam 12). David fue el que unificó a las 12 tribus de Israel y fundó la ciudad de Jerusalén. Fue el modelo de Rey que Israel aspiraba volver a tener. Su hijo Salomón se inició como el rey de sabiduría, éxito y majestuosidad, pero su corazón se volcó a mujeres paganas y se dividió el reino (1 Reyes).

La esperanza estaba en ese estilo de Rey justo y fuerte para guiarlos y derrotar a los enemigos, a la vez religioso y de fe, con rasgos de ternura entrañable, queda plasmada, por ejemplo, en la oración que hacen los judíos. El primer Isaías profetiza que Dios suscitará un niño nacido de virgen madre (Is 7,14), que iluminará al pueblo que vive en tinieblas (Is 9,1s.6), y que será rey de paz (**Is 11,1-9**).

En la oración, suplicaban un Rey como había sido David que trajera paz y seguridad a Israel. Leer **Sal 72,1-2.4.12-14**. También el Sal 2 que se convierte en una “súplica-profecía”. Al orar anhelan y esperan un rey poderoso que traerá fuerza y paz al Pueblo.

Son muchos los pasajes del AT que hablan de este Rey fuerte pero simultáneamente, a la vuelta del destierro surge una línea que profetiza a un Siervo que traerá la paz y la justicia. A la luz de Cristo crucificado se hace patente. Es la línea del Siervo sufriente: **Is 42,1-7**; 49,3-7; **52,7-53,12**. Es un siervo humilde, que con sus humillaciones es engrandecido ante Dios. No despliega espadas ni carruajes sin embargo logra el derecho y la justicia con su sacrificio y humildad.

Podemos imaginar la impresión que le causó a los Apóstoles y a María Magdalena, a la Virgen santa y a los discípulos cuando vieron que el Crucificado resucitaba, que se les aparecía dándoles la paz o perdonando los pecados, mostrándole sus llagas y dándoles nueva vida. A la luz de eso podemos unirnos con fuerza a lo que San Pablo expresa en el himno de la carta a los Efesios (**Ef 1,1-14**) o en otros pasajes tardíos de san Juan.

3. Falta algo ...

Sin embargo, faltaba algo. La profecía del rey de paz no está completamente cumplida. Los romanos seguían oprimiéndolos y la herida del pecado aparecía en la comunidad como el pecado de tacañería de Ananías y Safira (cf Hch 5,1-11). Es lo que experimentamos nosotros, ... *hacemos el mal que no queremos y dejamos de hacer el bien que queremos* (Rom 7,19). Sentimos el peso del pecado. Algo falta para el pleno cumplimiento de las profecías. Falta para la paz completa (Is 11,6-9). ¿Era o no el cumplimiento? **Si, pero todavía no**. Veamos.

La profecía está cumplida perfectamente en Cristo, pero no todavía plenamente en nosotros. Nos da alegría y nos transforma contemplar a Cristo resucitado. Sabemos que es nuestro salvador. En él nos vemos a nosotros mismos. Nos da fuerza y vitalidad, pero en la vida cotidiana constatamos que frecuentemente nos caemos, no se realiza completamente.

Los apóstoles se plantearon esta misma cuestión. La respuesta es la que también hallamos en nuestra vida en el Espíritu: dar el combate contra el pecado. Si bien ya

hemos resucitado con Cristo y ha quedado en la cruz nuestro pecado (Rom 6,6), hay que dar todavía un último combate: rechazar el pecado (Rom 6,12-14) y vivir en el Espíritu (**Rom 8,1.5-11**) pues el Espíritu viene en nuestra ayuda (Rom 8,26). La guerra está ganada en Cristo, pero hay que dar la batalla de cada día.

¿Significa esto que Dios es débil para no habernos dado la victoria final? En absoluto. La nueva creación es una realidad en nosotros por la fe y por el bautismo. Estamos ya en la nueva vida (Jn3,5s) pero la carne está herida. Experimentamos a diario eso de estar en Dios y en su paz, pero volver atrás y perder ese estado que nos da alegría y ánimo. Cuando estamos en paz con Dios, afirmamos con fuerza (consolación) que él está en nosotros, sentimos la fuerza de su Espíritu, pero el enemigo acecha y nos vuelve al mundo como en **Jn 16,31-33**.

La puerta para entrar y quedarse en Dios no es alejarse de los hombres. Para entrar hay que precisamente entrar y vivir en el amor: *estuve enfermo, ¿me visitaste? preso, desnudo, mendigo, solo, forastero...* (Mt 25,34). Toda búsqueda de Dios termina en el hermano. Si el Verbo se ha hecho carne, también se ha hecho prójimo para amarlo y tenerlo siempre con nosotros.

Buscamos a Dios y Dios nos busca. Nos encontramos en Cristo, en el hermano. *Gracias Señor que nos vienes a buscar. Gracias Virgen santa porque en tu corazón y en tu vientre, el Verbo eterno nos encontró.*